

Latinos y Latinoamérica en el catolicismo estadounidense

OTTO MADURO

Hace pocas semanas volví a Caracas luego de casi un año en los Estados Unidos. De esa estadía conservo, entre muchas otras cosas, la honda y positiva impresión que me dejó la Iglesia Católica de ese país, plena de una extraordinaria vitalidad creativa. De tal experiencia quisiera comunicar aquí, en el primero de dos artículos al respecto, algo acerca del lugar de los "latinos" y de nuestra América Latina en la vida del catolicismo "made in USA".

I. LA EMERGENCIA DE LOS "HISPANOS" EN EL CATOLICISMO "GRINGO"

Los Estados Unidos de América tienen 230 millones de habitantes en un territorio diez veces mayor que el de Venezuela. Al menos nominalmente, 60 por ciento de esa población es protestante, 23 por ciento católica, 3 por ciento judía y el resto repartido entre grupos religiosos más pequeños o no perteneciendo a ninguno.

Ese 23 por ciento católico de los EUA (53 millones de personas) representa 15 por ciento de los católicos de las Américas (Sur, Centro, Caribe y Norte) y 7 por ciento de los 750 millones de católicos del mundo entero.

23 católicos de cada 100 estadounidenses es, en cierto sentido, una minoría. Pero, en este caso, se trata de una minoría "mayoritaria y creciente".

En efecto, ni la más numerosa de las muchas iglesias protestantes de los EUA alcanza los 53 millones de bautizados que allí cuenta la católica. Además, la cantidad y la proporción de católicos en los EUA parecen crecer a un ritmo superior al de cualquier otra confesión religiosa allí presente. Es probable que, al comenzar el siglo próximo, uno de cada cuatro estadounidenses sea católico.

Así pues, de simple minoría religiosa despreciada y hasta perseguida (el Ku-Klux-Klan nació como grupo secreto anticatólico, sobre todo contra los obreros católicos del norte), el catolicismo ha pasado a ser —en varios sentidos— la más importante confesión religiosa en los EUA.

Ahora bien el crecimiento cuantitativo y proporcional de los católicos en los EUA se debe, sobre todo, a los

católicos "latinos" (o "hispanos", como también se les llama).

Cada vez más, mexicanos, puertorriqueños, cubanos, dominicanos, guatemaltecos y salvadoreños (y sus hijos nacidos en los EUA) engrosan la población estadounidense. La mayoría de estos latinos es católica. Las tasas de natalidad de los católicos son, por lo general, mayores a las de los no-católicos. Pero las de los católicos latinos son aún superiores a las de los católicos "anglos" (estadounidenses blancos de origen europeo y de habla inglesa). Este acelerado crecimiento de los católicos hispanos hace prever que, para el año 2000, uno de cada dos católicos estadounidenses será hispano... y uno de cada ocho ciudadanos de los EUA será de habla castellana.

El lugar —y no sólo el número— de los latinos en el catolicismo estadounidense también experimenta hoy día cambios importantes.

Tradicionalmente, la Iglesia Católica de los EUA había mantenido una línea de adaptación a ultranza al modo de vida estadounidense. Esa línea fue el precio pagado por la Iglesia para ser aceptable ante las élites y la opinión pública de los EUA, para dejar de ser marginada y perseguida, para dejar de ser vista como una religión despreciable y extranjera. Tal adaptación a ultranza, por cierto, fue vista a menudo desde el Vaticano como el esbozo de una herejía, provocando conflictos entre Roma y el episcopado católico de los EUA.

Dentro de esa política de "americanización" del catolicismo se incluyó la imposición del inglés como única lengua de la educación católica, excluyéndose rápidamente el polaco, el irlandés, el italiano y el castellano como lenguas legítimas de las más importantes comunidades católicas de los EUA.

Desde los años setenta, empero, brota una progresiva toma de conciencia entre los hispanos de los EUA. En parte, tal concientización surge de las nuevas orientaciones pastorales abiertas por el Concilio, los últimos Papas, Medellín y la propia Conferencia Católica de los EUA. Pero también, por otra parte, esa concientización repercute en la Iglesia y se traduce allí en una exigencia de reco-

nocimiento de la especificidad hispana: especificidad de la lengua y la cultura, de la historia de opresión-represión-humillación, de las esperanzas y luchas de liberación, del aporte material y espiritual, y de las necesidades urgentes y emergentes de los hispanos de los EUA.

Poco a poco, la irrupción de esta exigencia va dando frutos en la vida de la Iglesia Católica estadounidense: una pastoral hispana que se va forjando desde la base; cada vez más obispos, sacerdotes, diáconos, religiosas, religiosos y ministros laicos hispanos, hondamente identificados con su pueblo; un acompañamiento eclesial cada vez más sólido de los esfuerzos de liberación por parte de los hispano-estadounidenses.

También hay, por supuesto, tensiones, conflictos, retrocesos y dificultades. Pero eso no es nuevo: lo nuevo es, precisamente, algo de lo que acabo de señalar.

2. LATINOAMERICA EN LA VIDA ECLESIAL ESTADOUNIDENSE

La manera como América Latina es vista desde la Iglesia Católica de los EUA también ha cambiado en la última década. A ello han contribuido, sin duda, los hispanos católicos de ese país. Y también los últimos cuatro Papas, el Concilio, Medellín y Puebla.

Pero quizás el factor singular más importante que ha contribuido a ese cambio de perspectiva sea la reciente experiencia misionera de católicos estadounidenses en suelo latinoamericano y entre inmigrantes latinoamericanos en los EUA.

Recordemos que los EUA tienen hoy más de 58.000 sacerdotes católicos. Uno por cada 900 bautizados. En América Latina tenemos cerca de un sacerdote por cada 6.000 católicos. Las diócesis latinoamericanas tienen un promedio de 400.000 fieles; las estadounidenses 30.000. Estos contrastes —junto a otros factores— han favorecido el desarrollo de misiones católicas estadounidenses hacia Latinoamérica.

La orientación de tales misiones, sobre todo antes del Concilio, iba teñida de la óptica de "americanización" ya mencionada. Es decir, los misioneros católicos eran propagadores ingenuos de

los mitos del "american way of living", de la "superioridad de los EUA", del "destino manifiesto", del "modelo económico capitalista", etc. Con ello contribuían —indirecta e inconsciente, pero realmente— al autodesprecio, la dependencia, la imitación y la entrega de Latinoamérica al "gran país del norte".

Con los años, sin embargo, la experiencia de la miseria, el hambre, el hacinamiento, el desempleo, la insalubridad, la mortalidad infantil, etc. fue despertando la conciencia de muchos de estos misioneros. Luego, el fracaso del desarrollismo, de los "cuerpos de paz", de la "alianza para el progreso" y de otros intentos similares fue revelando el carácter estructural de la miseria latinoamericana. Compartiendo la vida con obreros y campesinos, mujeres y hombres, niños y adultos, subempleados y desempleados de América Latina, muchos de estos misioneros comenzaron a entrever —con Medellín— que la raíz de aquellos males se halla en el colonialismo interno y externo que pesa sobre nuestros pueblos.

Esta concientización de muchos misioneros católicos venidos del norte los llevó a menudo a promover o a acompañar esfuerzos de organización popular. Cuando emergió la represión (policial, militar y paramilitar) contra tales esfuerzos de organización popular, las causas —y los causantes— de la miseria del pueblo se hicieron más obvias. El gobierno, el ejército y las grandes compañías estadounidenses se evidenciaron entonces como los defensores (y usufructuadores) más importantes de la opresión y la represión sufridas hoy por el pueblo pobre y creyente de América Latina.

Desde 1964, este proceso ha convertido a centenares de misioneros católicos estadounidenses en víctimas y testigos de la opresión y la represión de los pueblos latinoamericanos. En víctimas y testigos, también, de la complicidad activa de los poderosos de los EUA en esta opresión y represión.

De esta experiencia ha surgido lo que en inglés llaman algunos "reverse mission" ... la "misión al revés". Es decir, al regresar —voluntaria o forzada— a su patria, muchos misioneros católicos estadounidenses sienten que tienen una grave misión que cumplir en los EUA. Sienten que lo que han descubierto en América Latina los obliga a emprender una evangelización de sí mismos, de la Iglesia Católica de los EUA y de la opinión pública estadounidense. Una evangelización a partir del clamor; la fe y las esperanzas de los Cris-

tos de América Latina: de todos quienes sufren opresión y represión en estos países. Y una evangelización que implica, entre otras cosas, la denuncia y la lucha contra la complicidad estadounidense en la opresión y represión de los pueblos latinoamericanos.

Este proceso no ha sido ni marginal ni estéril.

Por primera vez en la historia del catolicismo estadounidense, la jerarquía eclesiástica toma —en bloque— posiciones opuestas a las del gobierno y el ejército de los EUA. Y la ocasión ha sido, precisamente, la política gubernamental estadounidense ante Centroamérica. Un botón de muestra: sólo 12 de los 372 obispos católicos de los EUA se negaron a firmar la condena eclesiástica del envío de armas de EUA al ejército salvadoreño.

La Iglesia Católica de los EUA ha pasado así —gracias a su dolorosa experiencia misionera en Latinoamérica— de ser una iglesia sumisa ante los poderes de los EUA a ser una fuerza activa de primerísima importancia en la crítica de la política económica y militar estadounidense.

En la vida del catolicismo estadounidense, entonces, Latinoamérica ocupa un lugar cada vez más importante y activo. Ya no somos el territorio por evangelizar, sino los hermanos más próximos y oprimidos que exigimos solidaridad eclesial activa para con nuestras luchas y esperanzas. Ya no somos los atrasados por desarrollar, sino las comunidades creativas y activas que planteamos nuevos retos y desafíos, nuevas ideas y experiencias, para la conversión y evangelización de los pueblos ricos.

Cada vez más, la actitud de la Iglesia Católica de los EUA hacia Latinoamérica es ésta: cooperación fraternal, solidaridad activa, apertura humilde para aprender y compartir, autocrítica del pasado y crítica constante de la política opresiva y represiva de los EUA hacia nuestro continente.

3. SOLIDARIDAD ECLESIAL Y FUTURO DE LAS AMERICAS

Pocos canales y terrenos de comunicación auténticamente fraternales y humanos existen entre los EUA y América Latina. Los canales usuales son los del intercambio desigual, la dependencia y la opresión imperialista: comercio, finanzas, tecnología, armamentos, penetración cultural, diplomacia y manipulación política.

Pocos también, son los terrenos

auténticamente comunes entre "ellos" y "nosotros".

El catolicismo pareciera comenzar a ser ambas cosas: terreno común y canal de comunicación fraterna. Al menos entre el 90 por ciento de los latinoamericanos, el 23 por ciento de los estadounidenses y el 43 por ciento de los canadienses. Y, junto al catolicismo, la lengua de Cervantes y de García Márquez sirve de idioma común a casi la mitad de los católicos "gringos" y más de la mitad de los latinoamericanos.

Cada vez más, la teología y la pastoral católicas estadounidenses se alimentan de las latinoamericanas. Y es la Iglesia Católica de los EUA —hoy— la fuerza más activa en el resurgimiento y la profundización de la identidad latina en el seno de los Estados Unidos.

Pero es también esa Iglesia la que hace cada vez más difícil para el gobierno y el ejército de los EUA el que éstos lleven a cabo sus intenciones guerrilleras, anexionistas y neocolonialistas hacia Centroamérica y el Caribe.

Del catolicismo latinoamericano es de donde la Iglesia Católica de los EUA recibe gran parte del alimento necesario para mantener su independencia crítica frente a los poderes estadounidenses. Pero del catolicismo estadounidense es de donde las iglesias y los pueblos latinoamericanos recibimos gran parte de la solidaridad que requerimos para sobrevivir a la opresión y a la represión.

Creo que el futuro nos reserva muchas sorpresas en éste y otros campos.

Sin embargo, pienso que un futuro mejor para todos los pueblos de América depende en mucho de esta solidaridad eclesial. Creo que cuanto más ahondemos los lazos entre el catolicismo norteamericano (de EUA y Canadá) y el latinoamericano, mayores serán las (ya escasas) probabilidades de un siglo XXI justo, humano, pacífico, fraternal y placentero para los habitantes de estas heridas Américas. Y al contrario: creo que mientras más separadas se mantengan nuestras Iglesias, mayores serán los sufrimientos que ocasionaremos con ello a nuestros hermanos.

Creo.